

HACIA UNA ANTROPOLOGIA ESPIRITUAL APLICADA

Carlos A. Manrique M.

Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia, miembro fundador del ISRSP (Institute for Scientific Research of Spiritual Phenomena) visitar: www.isrsp.org y/o www.antropologiaespiritual.blogspot.com

RESUMEN

Es un intento sui generis por aproximarse al punto de encuentro entre las teorías de conocimiento acerca del Hombre, elucubradas a partir de una visión materialista y reduccionista del mundo y su contenido, y otras formas de pensamiento que pueden demostrar su coherencia y consistencia lógicas como marcos de interpretación holística acerca de la realidad humana. A la luz de nuevos enfoques epistemológicos, es eminente la necesidad de asumir científicamente el estudio del fenómeno espiritual, subyacente a la realidad humana desde siempre, pero relegado por la ciencia tradicional al campo de lo subjetivo, como algo subsidiario.

PALABRAS CLAVES

Espíritu, espiritual, mediumnidad, holística, enfoque sui generis, subjetividad, sesgo cultural, reduccionismo, auto-antropologización, praxis, epistemológica.

HACIA UNA ANTROPOLOGIA ESPIRITUAL APLICADA

La *Antropología Espiritual* se propone como un enfoque alternativo a nivel interpretativo, de carácter válido y pertinente, para cubrir la insalvable distancia que existe entre el modelo cognoscitivo de la ciencia occidental, reduccionista y prejuiciado por el racionalismo a ultranza, y un aspecto cultural del orden nouménico¹ históricamente relegado e incomprendido.

Al incorporar a su corpus teórico ciertas categorías propuestas por la *Ciencia Espiritual*² relativas a la condición espiritual intrínseca del ser humano y la Facultad Mediumnímica³ (Kardec, 1974) de éste cómo instrumento de acceso a un conocimiento integral, el marco explicativo de la antropología tradicional se ampliaría sustancialmente y la posible respuesta a ancestrales preguntas adquiriría un significativo nivel de certeza.

Aparte de incorporar tales categorías de pensamiento, la antropología tradicional debería tener la disposición de enfrentar una ruptura epistemológica con un modelo de conocimiento que ya ha probado su limitada capacidad explicativa, tras siglos de inane capacidad para comprender y, aun menos, resolver los problemas fundamentales del ser humano como su propensión a la autodestrucción y el genocidio y a la contradicción perenne de su pensamiento y emociones.

La *Antropología Espiritual*, por su naturaleza híbrida al proponerse como punto de encuentro entre el corpus ideológico tradicional y una forma de pensamiento que contempla al ser humano desde una perspectiva holística y trascendental, podría convertirse en la soñada piedra filosofal del conocimiento formal al estar posibilitada para suministrar las respuestas a las preguntas fundamentales que siempre se han hecho todos los hombres: quiénes somos, de dónde venimos, para qué estamos aquí y hacia dónde debemos ir. Aunque, en honor a la verdad, tal alcance parece haberlo ya logrado la *Ciencia Espiritual* propuesta por la AECEB⁴ desde una perspectiva exclusivamente espiritual.

Desde la perspectiva de la *Antropología Espiritual* se entiende la necesidad de afrontar la redefinición de ciertas categorías del pensamiento que han sido reducidas y estigmatizadas al campo de las representaciones simbólicas como productos culturales secundarios y de valor subjetivo. Tal decisión podría haberse dado por un claro desconocimiento acerca de la verdadera naturaleza de esos fenómenos o por prejuicios intelectuales que antepusieron los valores del *establishment* culturalmente sesgados por un rechazo abierto a lo que la tradición social o académica determinarían como inválido.

¹ En este contexto convalidamos este concepto como una alusión a la "cosa en sí", (para este caso, el mundo espiritual), en oposición dialéctica al concepto de fenómeno, o expresión aparente de las cosas perceptibles en el mundo de las formas materiales; *mutatis mutandis*, para referirnos al mundo de las esencias o entidades espirituales.

² Versión moderna del Espiritismo decimonónico (de corte Kardeciano), difundida y estudiada actualmente por la AECEB.

³ En el contexto del Espiritismo Superior (de influencia Kardeciana) se define la Facultad Mediumnímica como la capacidad inherente a todo ser vivo, -poseedor de una mente-, de establecer comunicación interactiva con otras entidades inteligentes pertenecientes al mundo espiritual o nouménico.

⁴ AECEB, sigla de la Asociación Escuela Científica Basilio, institución educativa de carácter filosófico, que desde 1917, difunde y practica la Ciencia Espiritual, versión moderna del espiritismo explicado por Allan Kardec a mediados del siglo XIX. Visitar: www.basilio.org.ar

La aceptación de una naturaleza dual del hombre, en cuanto espíritu encarnado, supondría la revisión epistemológica del haber científico acumulado por la investigación ortodoxa durante los últimos 2000 años en el ámbito de la ciencia occidental. Tal gesto implicaría reconocer al hombre como una criatura biológica animada por un ente espiritual que interactúa y se retroalimenta en un contexto material/concreto que se yuxtapone a otro de orden etéreo y primigenio. Sería esta una perspectiva holística que requeriría una nueva epistemología en la que la *Ciencia Espiritual* debería ser reconocida como la fuente básica de la *otra* ciencia, aquella concebida y ejercida por los hombres.

Dentro del contexto heterodoxo de la *Antropología Espiritual*, los intereses políticos, los prejuicios ético-morales y religiosos, así como el acendrado racionalismo que ha signado el quehacer científico positivista de occidente, no pueden seguir negando la pertinencia de otras formas de pensamiento que proponen percepciones distintas de la realidad del mundo, solo por el simple expediente de no ser capaces de demostrar su validez dentro de los parámetros de una metodología que solo reconoce lo objetivo como cierto en una franca demostración de su miopía materialista.

Comprendiendo esta limitación del conocimiento y aceptando este reto epistemológico, una antropología de nuevo cuño podría emprender el estudio del fenómeno humano desde otra perspectiva, dentro de un contexto holístico, el de los espíritus encarnados como humanos y su gesta de evolución espiritual como seres eminentemente sociales y habitantes temporales de un mundo material. Tal enfoque podría explicar coherente y consistentemente las diversas dinámicas subyacentes en el devenir cultural humano.

Sin embargo, la inercia ideológica vigente, propulsora de una racionalización positivista radical, podría subestimar el valor de esta nueva propuesta cognoscitiva y el quehacer de muchos científicos seguiría sujeto a la pertinencia modal o al servicio de propósitos nimios, en medio de diletancias vacuas y estériles, en

una lamentable dispersión y pérdida de energías y capacidades que tan solo serviría para la reiteración de un *statu quo* excluyente y alienado por la explotación que unos hombres hacen de otros.

Para la *Antropología Espiritual*, la incorporación de una dimensión espiritual que daría otra trascendencia a la gesta humana, implicaría el asumir un rol activo en la transformación de la realidad social del mundo de los hombres, re-definiendo la noción de objetividad (Vasco, 2002) y el sentido de solidaridad orgánica que involucraría los destinos individuales en un destino colectivo. De su quehacer comprometido derivarían propuestas de cambio que tratarían de aportar sólidas soluciones a la problemática humana, permitiendo la participación del antropólogo no como mero instrumento de una racionalidad obtusa que tradicionalmente le ha vedado su naturaleza humana y social, su propia subjetividad, en la perpetuación de un modelo de conocimiento dominante y explotador (Vasco, 2002).

No podemos negar las experiencias de procesos de investigación culturalmente sesgados, en los que los prejuicios del antropólogo condicionado por las instancias de su propia cultura hacen parecer una absoluta falacia su carácter de sujeto-objetivo. Las contradicciones permanentes acerca de su quehacer reclaman incisivos cuestionamientos acerca del *porqué* y el *para qué* de su ejercicio científico.

En otra instancia, la praxis propuesta por la *Antropología Espiritual* entraña un proceso de auto-reconocimiento que sitúa al antropólogo dentro de una perspectiva holística en la que sus más profundas convicciones personales (valores ético-morales y corpus de creencias) y condicionamientos culturales soporten la más crítica revisión a la luz de *otra verdad* posible, ajena a la históricamente establecida. Una perspectiva en la que, en contra de la visión ortodoxa de objetividad, no se castre su creatividad para proponer cambios ni se inhiba la sensibilidad consubstancial a su condición vital. Una perspectiva en la que tampoco se vea privado de los posibles beneficios personales que su saber le aporte (Vasco, 2002).

Esta praxis también implica el asumir una ética consecuente con el dolor que asola al mundo humano y la promoción de un *sprit de corps* opuesto a la iniquidad, implementando, de paso, una voluntad política tendiente a desenmascarar los falsos poderes y a reclamar una justa reparación de todos los excesos, luchando, a su vez, contra toda forma de dominación y explotación (Vasco, 2002).

Tales pretensiones pudieran parecer un exceso, un compromiso extremo y entrañar un riesgo enorme. Pero lo cierto es que a la luz de una revisión del conocimiento toda propuesta heterodoxa entraña un riesgo; y en el ámbito contradictorio del mundo, un mundo plagado de soterrados intereses mezquinos, existe un potencial peligro de que se apliquen medidas punitivas extremas para acallar lo que disiente, para silenciar lo inconveniente. Aun con esta sombría perspectiva, lo cierto, como hombres de ciencia, es que no podemos ser más convidados de piedra ante la sin-razón que azota al mundo ni pretender enterrar la cabeza en la arena de la academia, dilapidando todo nuestro acervo intelectual en el tratar de hallarle pertinencia a nimiedades irrelevantes.

El nivel de conciencia que provee la *Antropología espiritual* nos dice que el mundo, ese que está ahí, afuera de nuestra *Torre de Marfil*, reclama nuestra presencia comprometida de hombres de conocimiento para ayudar a aclarar las cosas; para poner en evidencia lo abyecto; para tratar de deshacer los entuertos y redimir la desidia y el abuso perennes. Si no hacemos esto, entonces ¿para qué todos nuestros esfuerzos? ¿Acaso, para darle un aliciente fatuo a un ego esnobista de pseudo humanistas? ¿A un limitado ego, desubicado e impráctico? o ¿para cohonestar una política tradicional de dominación y expolio? Lo cierto, lo verdaderamente cierto, es que nuestro quehacer, sin una ética de compromiso con la vida, y sin una conciencia moral que soporte nuestro *ethos*, daría para toda clase de desafueros y servidumbres.

Dentro del corpus conceptual propuesto por la *Antropología Espiritual*, otra faceta de la praxis implica asumir valores ético-morales que entrañan una revolución personal del antropólogo orientada a transformar cualitativamente la expresión y aprehensión de sí mismo. La auto-antropologización parece ser el camino metodológico obligado, a pesar de que el concepto tradicional de objetividad se enfrente a la subjetividad de sí mismo. Pero se debe confrontar esta aparente contradicción y buscar la manera de superarla. De este análisis particular de nuestra propia condición espiritual, de ese ser capaces de vernos a nosotros mismos de cara a la verdad, tal cual somos con todas nuestras limitaciones personales, podremos sacar el valor moral para mostrar al mundo la pertinencia de una manera de pensar que busca redimir al ser humano de su error espiritual y sustraerlo a su crasa ignorancia.

Este recurso metodológico, en nada es carente de sentido pragmático si asumimos que la lógica, desde Sócrates, señala el deber de conocernos primero a nosotros mismos antes de pretender explicar todo lo que está por fuera de nuestra conciencia. Como proponentes de esta teoría antropológica así hemos entendido el carácter de nuestra praxis profesional y personal, y en medio del decurso de esta propuesta dialéctica, hemos considerado un absoluto deber auto-antropologizarnos atreviéndonos a hacer ruptura, cuando se justifique y sea necesario, con ciertos paradigmas de la ortodoxia reduccionista de la que son claro ejemplo connotados investigadores⁵ de nuestra propia disciplina. Nos hemos atrevido a cuestionar

⁵ Podemos citar la obra científica de un connotado colega norteamericano, Marvin Harris, padre del materialismo cultural y quizá el más representativo de esa visión positivista y reduccionista.

ciertos prejuicios academicistas, como el de mantener la *distancia objetiva y sustraerse al compromiso personal* con el objeto de nuestro estudio, mostrando cómo puede afectarnos el acceso a ciertos conocimientos que pueden ser portadores de una sabiduría heterodoxa consistente y coherente en términos lógicos.

En el ámbito de la *Antropología espiritual* es válido preguntarse por qué no podemos actuar como auténticos hombres de ciencia comprometidos con la verdad para ayudar a que cese el dolor producido por la injusticia, para que pare la guerra genocida y cese la dominación y el expolio de unos para con otros. En este ámbito cabe solidarizarse con el oprimido, con el desamparado, con el paria y el desubicado; con todos aquellos que más que objetos de estudio son congéneres necesitados de auxilio. La *Antropología Espiritual* propone salir al mundo para mitigar el dolor con conocimiento de las causas, alejándonos de aquella tradición que nos hacía ver a los *otros* como meros *objetos de estudio*, sujetos a los que hemos sido incapaces de ayudar a mitigar su sufrimiento, porque han estado muy lejos de nuestra irrealidad teórica

Otro aspecto de la praxis de esta propuesta teórica es una abierta invitación a buscar la realización personal en el ejercicio de la solidaridad y auxilio efectivo con todos aquellos que de alguna manera sufren la sin-razón del mundo, con nuestro saber como instrumento, con la ciencia como medio y no como un fin, lejos del discurso maniqueo que ha signado el pensamiento histórico que opone a unos y otros, dentro de una perspectiva socio-espiritual que asume la necesidad de una fraternidad efectiva entre todos los seres humanos.

Tal postura ideológica entraña, por demás, la incorporación de una ética que reconoce al amor como atributo fundamental de los seres humanos, en plena consonancia con la doctrina de amor expuesta por la Ciencia Espiritual. Una ética que es requisito consubstancial a la comprensión solidaria de los seres y factor de realización de nuestra propia humanidad. Una ética que promueve un sentimiento de comunión y auténtico

respeto por la vida en todas sus manifestaciones.

La *Antropología Espiritual* convalida la pertinencia de una moral fundada en principios de equidad que reconozcan la estricta igualdad de los seres humanos en relación a sus atributos constitutivos, derechos y responsabilidades de frente a sí mismos y a los demás. Propone aceptar la diferencia como la manifestación más sublime de la Inteligencia Suprema capaz de crear seres constitutivamente iguales pero capaces también de mostrarse en su individualidad, expresando su carácter único y su idiosincrasia particular, en un pleno ejercicio de su libre albedrío y como máxima expresión de su libertad.

Así mismo, propone asumir de una vez por todas, que la apariencia fenomenológica del mundo no es más que un cuestionable sofisma de distracción que impide apreciar la verdadera naturaleza de los seres y de las cosas; una naturaleza dual, híbrida, que ha de aprehenderse a la luz de una óptica novedosa que reconoce en todo lo existente su cariz espiritual primordial.

La *Antropología Espiritual*, dentro del campo de sus intereses, propone el estudio sistemático de lo subyacente e históricamente relegado de manera peyorativa al campo de lo mágico-religioso, al universo de las simples representaciones simbólicas, para extraer de ahí mismo los elementos de comprensión de la *verdadera realidad* y resolver la sempiterna contradicción que enajena e impide a los hombres vivir su existencia de manera plena y satisfactoria.

Es una verdad de puño que la antropología tradicional está en mora de hacer su aporte efectivo a la solución del conflicto humano. Pero para lograr esto ha de revisarse y atreverse a romper esquemas que la condicionan y limitan. Su énfasis en una visión materialista del mundo le priva de reconocer que el ser humano es algo más que una mera criatura biológica. Su prejuicio positivista le impide reconocer que existe un espíritu allende la materia, y que debe encarar su estudio y comprensión para alcanzar la explicación definitiva acerca de la realidad del hombre y la causa de su existencia.

La *Antropología Espiritual* tiene claro que es a través de una experiencia empírica *sui generis*, de la puesta en práctica de una alternativa metodológica diferente (el estudio y estímulo de la mediumnidad) como podrá acceder a nuevos niveles de conciencia que le ampliarán ilimitadamente el horizonte de sus conocimientos, trascendiendo el universo tridimensional de los hombres hasta aprehender su numen y comprender la razón última de su existencia. Con el conocimiento certero de las causas será posible, entonces, abordar el estudio de las soluciones y proveer así al Hombre, del presente y del futuro, las herramientas objetivas que le permitirán asir racionalmente el sino de su existencia y no ser ya más víctima de la incertidumbre o de los avatares de intereses soterrados que históricamente le han manipulado y sometido.

Entonces, habrá ya una antropología práctica y útil, que junto con otros saberes, permitirá al Hombre trazar una ruta clara conducente a su realización plena, dejando atrás, para siempre, los submundos de la ignorancia, de la incertidumbre y de la sinrazón genocida.

Como corolario, es pertinente señalar que esta concepción teórica es absolutamente original y que la responsabilidad total, por sus indudables falencias y aciertos, compete exclusivamente al autor de estas líneas. Sin embargo, dentro de un marco epistemológico más extenso, este trabajo se asocia conceptualmente con el que desarrolla el ISRSP⁶ (Institute For Scientific Research of Spiritual Phenomena), del cual el autor es miembro fundador.

⁶ Visitar: www.isrsp.org

Bibliografía.

KARDEC, A. (1974). *El Libro De Los Médiums*. México. Editorial Diana

VASCO U. L.G (2002). *De La Selva Al Páramo*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). Bogotá. Editorial Corcas Ltda.